

El ratoncito estudiante

Escribe: FANNY OSORIO

Chepín era un ratoncito muy inteligente y estudioso. Madrugaba todos los días a leer los periódicos que llegaban a la tienda de la esquina.

Se hizo amigo de don José, el limpiabotas, quien le permitía hojear las revistas que el anciano coleccionaba para entretenerse leyendo aventuras en los ratos de descanso.

Don José le había tomado mucho cariño a Chepín, lo llamaba tocayo y le participaba de las golosinas que compraba para alimentarse.

—Chepín: —decía el viejecito— hoy tenemos rico pan, queso y bocadillos para la cena. Así no te provocará perforar las revistas. Ya sabes que nuestra amistad será duradera si cuidas de mis cosas.

Chepín movía la naricilla con gracia y miraba fijamente a su amigo:

—Bien sé, querido protector y amigo que no debo pagarte mal. Cuidaré de tus cosas y no dañaré las revistas —respondía el ratoncito con voz tan discreta que solo podía oírla don José—.

El diálogo era interrumpido frecuentemente por el taconeo de las damas que pasaban o por el ruido de los vehículos. El ratoncito corría entonces a su escondite situado en un rincón de la caja donde el lustrabotas guardaba junto con las revistas los elementos de trabajo.

Chepín leía y releía las aventuras que tanto llamaban su atención y pensaba:

—Estudiaré mucho para aprender a conocer el mundo y todo lo que en él ocurre. Sabiendo leer correctamente podré darle la vuelta a la Tierra a través de los libros.

Pensando así el ratoncito era cada día más culto. Sabía ya que los hombres habían llegado a la luna y que comenzaban a conquistar otros planetas.

—Que descubran y conquisten todo cuanto quieran —decía—; pero que no sigan llevando a mis hermanos a los laboratorios para realizar sus experimentos. ¿Por qué no inventarán otros medios para investigar y sacar sus conclusiones?

—Si todos los hombres nos quisieran y nos comprendieran como don José el mundo sería mejor y todos estaríamos tranquilos y contentos.

El ratoncito pensaba y pensaba mientras adelantaba sus estudios y arreglaba la habitación. Ponía en orden las revistas después de leer, revisaba los recortes de prensa que guardaba su protector en un pequeño portafolios, aseaba la caja que le servía de camita y se sentaba junto a don José cuando estaba solito.

—Dicen por ahí que la vida se ha encarecido mucho: ¿verdad? Puede ser cierto porque ahora vienen muy pocos señores a hacerse embolar.

Las preguntas y reflexiones de Chepín hacían sonreír al anciano. Sabía que su pequeño amigo era inteligente, que deseaba distraerlo valiéndose de diferentes temas y que si estuviese en sus manos haría lo imposible por alegrarle la existencia.

Chepín le había dicho en repetidas ocasiones que cuando terminara sus estudios lo ayudaría para que no siguiera trabajando tan duro. El ratoncito sentía un cariño muy grande por su protector. Lo veía caminar con dificultad, avanzar por las calles ofreciendo sus servicios para que los señores llevasen el calzado limpio y brillante, y le parecía una injusticia que el anciano tuviera que curvarse todos los días sobre la caja de trabajo, donde él permanecía oculto.

—Mi tocayo trabaja mucho y yo no puedo ayudarle —decía—. La gente que pasa por donde estamos los dos no imagina que junto a él vive un ratón a quien quiere mucho porque es su única compañía. Si lo supieran huirían de él. ¿Por qué será que

nosotros los ratones les inspiramos pánico a las damas y fastidio a los señores?

Reflexionaba constantemente sobre ésta y muchas otras cosas. Al fin y al cabo el ámbito de su existencia era tan pequeñito y sus pensamientos giraban siempre en torno a sus estudios y a su bondadoso protector.

Así transcurría la existencia de Chapín, hasta el día en que sintiéndose adulto y bien crecido resolvió buscar compañera. Comunicó el plan a su tocayo José y éste le dio muchos consejos; le regaló una cajita con suficientes raciones de pan, queso y dulces. No quería que su amigo sufriera necesidades. También le obsequió las revistas para que leyera cuando tuviese tiempo de hacerlo.

—Pórtate bien, querido tocayo, y regresa cuando quieras, solo o acompañado. Pero fíjate bien con quién vas a casarte para que no te arrepientas cuando no haya remedio.

—Seguiré tus consejos al pie de la letra —dijo el ratoncito—.

Se empujó cuanto pudo y alargando el hociquito besó varias veces a su amigo y protector. En los ojos de los dos brillaron algunas lágrimas. Chapín se alejó perdiéndose en la calle solitaria.

—Me hará mucha falta —dijo el anciano—. Ha sido un buen compañero en mi soledad. Ojalá que regrese pronto y bien casado.

Pocos días después regresó Chapín en compañía de Juanita, una ratoncita menuda y graciosa, la que fue recibida con mucha simpatía por el anciano José.

Habían transcurrido ya dos meses, y una mañana de sol, muy hermosa, Chapín le comunicó a su amigo la llegada de sus primeros herederos:

—Le ofrezco mis gemelitos, querido amigo. Son lindos, muy inteligentes y se parecen mucho a Juanita, quien está feliz en su camita de paja y algodón. No ha dejado de acariciarlos.

El anciano muy contento por el acontecimiento, felicitó a Chapín y a su compañera, prometiéndoles su ayuda y el cariño para su hijitos, los cuales crecieron pronto.

Pocos meses después la familia de Chapín y Juanita se había multiplicado para alegría de sus padres y del anciano que un día de invierno ya lejano decidió aceptar la amistad del ratoncito, el fiel compañero de su solitaria vejez.